

***SESIÓN EN RECUERDO DEL
P. FERNANDO GARCÍA GUTIÉRREZ, S.J.***

Palabras de la presidenta

Excmo. Sr. Director de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras
 Ilmo. Sr. Secretario de la Real Maestranza de Caballería de Sevilla
 Ilmo. Sr. Cónsul de Japón
 Excmos. e Ilmos. Sres. Académicos,
 Querida familia del P. Fernando
 Sras. y Sres.:

Esta Real Academia celebra en el día de hoy Sesión Pública en memoria y recuerdo de nuestro académico Numerario P. Fernando García Gutiérrez.

Mecenas del arte, artista, escritor, un gran sacerdote y para mí, un padre, por eso, esta sesión en su memoria, no sólo es de la presidencia hacia un académico, sino algo más, que me sale del corazón.

En el P. Fernando se unía una gran inteligencia, una gran bondad, agudeza, humildad y simpatía, que es lo que le hizo ser un gran hombre, además de un gran sacerdote.

Encontré en él, el padre que yo había perdido, cuando entré de académica en esta Real Institución.

Eran sus consejos, era ese caminar, en el que cuando venían las dificultades siempre nos tendía su mano, algunas veces, basándose en los consejos según San Ignacio de Loyola y otras veces, en el suyo propio, que lo entendíamos e interpretábamos perfectamente.

Sesión académica pública y solemne celebrada el 10 de octubre de 2018 en el salón Carlos III de la Casa de los Pinelo.

Fue uno de los grandes mecenas de esta academia, artífice de la Colección Oriental, que permanecerá siempre en esta casa, para la contemplación de todos los que la visitan.

Es por ello, el que he dejado en la galería todos sus recuerdos de su vida académica y otros nombramientos.

Solamente se muere en el olvido. Hay personas que viven y que están muertas porque nadie lo recuerda y hay otras que mueren y siempre vivirán. Es por eso, por lo que el P. Fernando vivirá siempre entre nosotros. Y desde el cielo nos seguirá ayudando con sus sabios consejos para la mejor gloria de esta academia.

P. FERNANDO GARCÍA GUTIÉRREZ, S.J.
Jerezano, Japonólogo y Jesuíta,
por J. M. Cabeza Lainez

Cuando supimos del último viaje en solitario de Fernando Sensei, muchos pensamientos y confusión se agolparon en la cabeza entonces. Ahora con algo más de tiempo transcurrido, la incredulidad persiste, sin embargo, tales pensamientos se ordenan de forma más clara y sistemática.

Citando al Nobel Seferis son como “vendavales de Resurrección en una aurora en la que creíste que salía el sol” (mas al fin no sale).

Αναστάσιμες σπιλιάδες μιαν αυγή που νόμισες πως βγήκε ο ήλιος.

Antes de conocerle en persona había leído sus obras, el Arte Japonés visto desde Occidente, por ejemplo, se exhibía en la fundación Focus, con la que él tanto colaboró, en el hospital de venerables sacerdotes de Sevilla.

Acababa de volver de mi sexto viaje a Japón y debía de ser 1996. Era un excelente libro como todos los que hacía Fernando, pero más que nada era la primera vez en mi vida que oía hablar de Ernest Fenollosa y Tenshin Okakura 岡倉天心.

Sentí que estos dos personajes que Fernando presentaba en una nota concisa e impactante, ante un público atónito, iban a formar parte de mi propia investigación hasta hoy; occidentales que habían cambiado Japón, japoneses que había cambiado Occidente.

Lo crean o no, es actualmente algo raro de ver ese *rapport*, hasta el punto de que presentan películas sobre ello como “el último samurái” o “Silencio” de Martin Scorsese. Tengo la sensación persistente de que hoy, toda la

cultura y la sociedad japonesa se orientan a que ningún occidental pueda ayudarles en lo más mínimo y mucho menos cambiarles una coma de su perfecto escrito. Se diría que Japón solo piensa en Japón y ha retornado a una suerte de “sakoku” 鎖国 mental (que no intelectual) para desazón de muchos de los que admiramos esta cultura preciosa, quiero creer que en beneficio del pueblo japonés.

Así se fue gestando el artículo que preparé con el profesor Almodóvar: *Ernest Fenollosa and the Quest for Japan*, publicado por el Bulletin of Portuguese and Japanese Studies de Lisboa.

Me consta que Fernando tuvo un gran interés en ese artículo y lo leyó con aprobación, demandando urgentes traducciones al español.

Nuestro homenajeado semeja como Okakura, un “hombre de la Vía”, es decir del Dao. Al contrario de los que muchos piensan, Dao solo quiere decir Naturaleza y el Dao de Jing 道德經 es simplemente la Verdad de la Naturaleza. Sí, como en Heráclito y los filósofos presocráticos. La Naturaleza de una tierra de caballos alados y generosos vinos.

A menudo recuerdo que hablaba de ir como de un lado a otro a lomos de corcel porque “para eso había nacido en Jerez”, y me viene entonces a la mente el fragmento de los caballos velocísimos del rey Mu que aparece en el capítulo del bandido Zhi del Zhuangzi.

Toma la mayor cantidad de tiempo limitado que conozcas y compáralo con lo ilimitado y verás que su fugaz existencia es similar al paso de los caballos del Rey Mu a través de una hendidura estrecha en la montaña.

Fernando como en la despedida tradicional china Okakura 一路順風 YiLu ShunFeng, ¡iba y venía como el viento!

En el libro del Té, el primero de la trilogía en inglés de Okakura, cuya influencia sobre el arquitecto Wright fue enorme, se lee la formidable ecuación,

Daoism=Zennism=Teism

Es decir, El Daoismo equivale al Zen y al Arte del Te

En japonés se dice a veces Zencha Ichimi, 全茶一味 el Zen y el Té,

Un solo sabor.

En China el proverbio es, después de este Té, me retiro a mi morada (es una fórmula de despedida), lo comenta el genial compositor Tan Dun al comenzar su ópera, *Tea a Mirror of Soul*.

Debido a ello, Fernando se atrevió con el Zen y el Arte Japonés (otra obra importantísima), resultaba fascinante contemplarle en sus maravillosas clases sobre pintura budhista, intentar explicar con todo el candor de que era

capaz, la esencia del Zen. Es decir, algo inaccesible, en lo que ya advierten los expertos que sólo se puede creer o descreer, y que surge precisamente al trascender paradojas, es decir al trascender la propia mente, y esto era resumido de modo hábil y perspicaz en 5 minutos, por un sacerdote de otra religión bastante contrapuesta y hasta enemiga por siglos. Asombroso.

A partir de ahí resultaba bien fácil creer en la pintura japonesa del SXIII, aquél arte del vacío que se prolonga, afirmaba el sabio orientalista, hasta el manga de Hokusai y Hiroshige!

Procede recordar aquí y ahora los dos últimos postulados de Daisetsu Suzuki en relación con el Zen y el Arte:

10.- Lo que diferencia al zen del arte es que mientras los artistas tienen que recurrir al lienzo y a los pinceles o a otros instrumentos mecánicos o a medios diversos para expresarse, el zen no tiene necesidad de cosas externas, excepto “el cuerpo” en el que el hombre-zen está, por así decirlo encarnado. Desde el punto de vista absoluto esto no es completamente correcto: lo digo sólo como una concesión a la forma convencional de decir las cosas. Lo que el zen hace es delinear sobre el lienzo infinito del espacio y el tiempo la forma en que el ganso salvaje, volando, proyecta su sombra sobre el agua que está debajo sin ninguna pretensión de hacerlo, mientras el agua refleja al ganso de forma tan natural como no intencionada.

11.- El hombre-zen es un artista en la medida en que transforma su propia vida en un trabajo de creación, que existe como dirían los cristianos, en la mente de Dios, del mismo modo que el escultor cincela una gran figura profundamente enterrada en una masa de materia inerte.

Llegados a este punto le preguntamos a Fernando, en unos cursos muy destacados sobre cultura japonesa, que organizamos en el Pabellón de México de la Universidad de Sevilla y auspiciados nada menos que por la prestigiosa fundación Japón.

¿Y usted, ante tanta maravilla, no ha intentado hacer arte japonés?

Nos contestaba riendo como muchas veces, con esa simpatía sencilla de caballero jerezano: Sí, por supuesto, incluso tuve un maestro de pintura que me entregó mi título en Kyoto y me otorgó mi verdadero nombre de artista.

No pudimos evitar los alumnos y yo exclamar, y ¿cuál era su nombre en japonés? La sonrisa aumentaba para esbozar con cierta divertida timi-

dez un, “yo ya no me acuerdo... Mirad, han pasado tantos años... pero venía a significar algo así como, pino austero”.

“El pino austero”

Precisamente, al comienzo de la Historia Apócrifa del Bosque de los Letrados 儒林外史 Wu Jingzi nos dice:

“La vida del hombre es como un lienzo, según reza certeramente el adagio de la antigüedad. Lástima que no haya pintor que dibuje esos lotos¹. Mas al punto se dijo: Aunque también es cierto que no hay cosa que el hombre no aprenda. ¿Por qué no los pinto yo?”

Creo modestamente que Fernando participaba en gran medida de ese modo de pensar, pues cuando Chamberlain en su antología poética japonesa se refiere al loto con los versos de Henzei, la flor purísima que sin embargo nace flotando en pantanosos estanques, declama:

¡Hoja de Loto! Soñé que el ancho mundo,
Nada más puro ni más verdadero que Vos contenía;
Cómo es entonces que cuando os rueda por encima una gota de rocío
Finge ser una gema de incalculable valor

Con frecuencia pienso que Fernando era el hombre paradójico, otra vez según las palabras de Zhuangzi,

“¿Quién es el hombre paradójico?”, le preguntan a Confucio, éste responde: “el que se ha unido con el creador como hombre errante por todo lo largo y ancho de la Tierra.” El hombre paradójico solo lo parece en comparación con otros hombres, pero es compañero del Cielo.

Fernando García Gutiérrez, Almucantar (o paralelo en el que se encuentra el sol en la bóveda celeste), verdadero puente entre las artes de Oriente y Occidente, escribió también sobre la arquitectura japonesa y relató la evolución de siglos del stupa a la pagoda, este fue otro de los temas recurrentes en nuestra propia investigación.

Debido a las enormes restricciones a la libertad religiosa de su época no llegaría a conocer bien Asia Oriental, ni siquiera China, sin embargo reflejó magistralmente los ideales del arte asiático a través de Japón como se demues-

¹ WuJingzi (2007): 21. La decisión de pintar lotos puede considerarse alegórica, ya que se trata de la flor sagrada del budhismo, que crece y mantiene su singular belleza en medio del légamo y la impureza

tra en sus conocidísimos volúmenes sobre ambos países.

Destacar por último que ejerció fielmente de Misionero y Embajador avant la lettre entre Nippon e Hispalis auxiliando a muchos viajeros material y espiritualmente, con inagotable energía y afabilidad. Una vez me contó que ello se debía “a la ayuda del Santo” y señalaba a la imagen de San Francisco Javier que se conserva en la capilla de los luisés de la calle Trajano.

EPITAFIO

Un día alguien se detuvo ante su ingente legado y pudo exclamar como Matsuo Basho:

Las hierbas del verano

RUINAS DE UN SUEÑO

De antiguos caballeros

夏草や
兵どもが
夢の跡

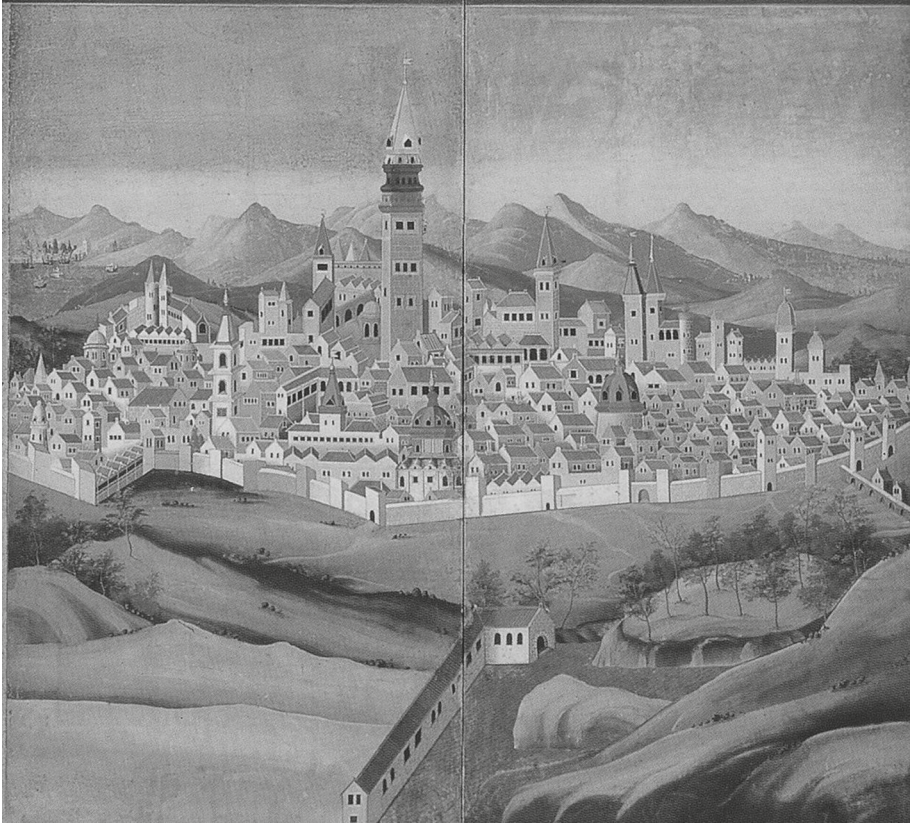
Pues, el verdadero hombre de la antigüedad no conocía el amor por la vida ni el temor a la muerte. Tomaba la vida sin deleite y la abandonaba sin resistencia. Tranquilamente llegaba y del mismo modo se marchaba. No olvidaba sus comienzos ni exploraba su fin. Aceptaba la vida con gusto y olvidándose del temor por la muerte volvía al estado anterior a la vida. No utilizaba la mente para rechazar el Dao ni utilizaba su confianza en el hombre para ayudar al Cielo. A esto es a lo que llamo el verdadero hombre.

¿Cómo hemos de vivir a partir de ahora?

Sed infinitos como el cielo y las cuatro direcciones pues ellos no conocen límites ni forman barreras,

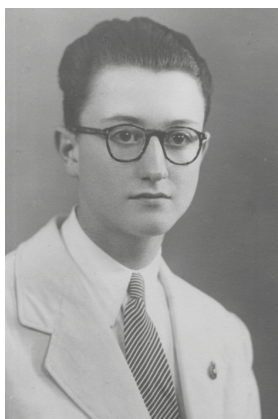
Sostened a todas las criaturas en vuestro Amor

Nagasaki a 9 de agosto del año de gracia de Nuestro Señor de 2019. Colina de los mártires. Septuagésimo cuarto aniversario del lanzamiento de la bomba nuclear sobre la población.



Namban

FERNANDO GARCIA GUTIERREZ, S.J.,
investigador, maestro y difusor del arte japonés en España
 por Elena Barlés Báguena



Fernando García Gutiérrez en su etapa de bachiller en el colegio de los jesuitas de San Estanislao de Kostka (Málaga)

Con el recuerdo todavía muy vivo de su luminosa presencia, comienzo a escribir con entrañable emoción esta breve semblanza¹ del que fue mi maestro científico y humano Fernando García Gutiérrez, andaluz de origen y nipón de corazón, quien, sin duda, fue y sigue siendo la figura más relevante en el estudio y difusión del arte de Japón en nuestro país.

Como otros tantos profesores e investigadores que actualmente nos dedicamos al análisis de la cultura del archipiélago japonés y de su impacto en España, conocí a Fernando a través de sus publicaciones y particularmente a través de la lectura de su libro *El Arte de Japón*, volumen XXI de la conocida colección “Summa Artis. Historia General del Arte”, publicado por primera vez en Madrid por la editorial Espasa-Calpe en 1967². Tuve la fortuna de cursar la asignatura Arte Extremo Oriental del cuarto curso de la Licenciatura de Historia del Arte de la Universidad de Zaragoza, con el catedrático y eminente profesor Federico Torralba Soriano³, quien, con excelente criterio,

¹ Una reseña más amplia sobre la vida de Fernando García Gutiérrez puede encontrarse en Barlés Báguena, Elena, “Semblanza de un *sensei*. Fernando García Gutiérrez, pionero del estudio del arte japonés en España”, *Mirai*, nº 2, 2018, pp. 189-217. También remitimos al libro Sierra de la Calle, Blas, *Arte de Japón y China. Donación P. Fernando García Gutiérrez*, Museo Oriental, Real Colegio PP. Agustinos, Valladolid, 2019, que incluye una biografía de nuestro maestro. En este breve esbozo solo nos centraremos en su labor como investigador, docente y divulgador del arte de Japón. Otras múltiples actividades y labores que García Gutiérrez realizó en otros ámbitos a lo largo de su fructífera trayectoria quedan esta vez fuera de nuestra atención.

² García Gutiérrez, Fernando, *El Arte del Japón*, col. “Summa Artis. Historia General del Arte”, vol. XXI, Espasa-Calpe, Madrid, 1967.

³ Sobre este profesor, véase: Torralba Soriano, Federico, *Estudios sobre arte de Asia oriental*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, Zaragoza, 2009. Este libro constituye una recopilación de sus trabajos dedicados al arte de Asia oriental incluye en su presentación una breve biografía.

nos aconsejó tener como libro de cabecera el trabajo de García Gutiérrez al que consideraba su amigo y, sin duda, como el máximo especialista de arte japonés en nuestra geografía. Aún viene a mi memoria como gracias a este volumen fui descubriendo el hermoso abanico del arte tradicional nipón que Fernando iba desplegando en su discurrir temporal a través sus más significativas formas de expresión, sus principales líneas de evolución, sus autores y sus obras más importantes. A lo largo de sus páginas pude comenzar a conocer un arte sorprendente y hermoso, estrechamente vinculado a la naturaleza, exquisito, expresivo y sofisticado, por una parte, y simple y capaz de suscitar sentimientos de belleza con escasísimos elementos, por otra; un arte antiguo y a la vez muy moderno que inmediatamente me conquistó. Avatares del destino, que sería muy largo relatar, me llevaron muchos años después a ser docente de esta materia en la misma Universidad, una venturosa circunstancia que me permitió conocer más y mejor a nuestro querido jesuita como investigador, profesor y divulgador del arte y la cultura japonesa y también, para mi dicha, como amigo.

Fernando García Gutierrez fue sin duda un gran investigador. Contaba con todas la cualidades necesarias para ello, inteligencia, curiosidad, capacidad de análisis y de síntesis, rigor, talento para escribir⁴ y, sobre todo, poseía una extensa formación y un apasionado afán de estudio que alimentó constantemente a lo largo de su vida.

Nuestro querido maestro nació en el año 1928 en el seno de una culta y devota familia jerezana, muy vinculada a la Compañía de Jesús. Tuvo la posibilidad de cursar sus estudios en un colegio de esta congregación, tradicionalmente conocida por el alto nivel de las enseñanzas que impartía en sus centros. En el Colegio de San Estanislao de Kostka de Málaga, además de llevar a cabo el bachillerato, Fernando pudo conocer de manera más cercana el legado espiritual de Ignacio de Loyola, que suscitó tempranamente su vocación jesuítica. Decidido a seguir la senda trazada por tan carismática figura, inició el largo y exigente periplo que conduce a la integral formación de los miembros de la orden fundada por el vasco, institución que, desde sus mismos orígenes, enfatizó sobremanera la necesidad de instruir amplia y profundamente, humana e intelectualmente a sus futuros componentes. Así, efectuó sus dos años de noviciado, tres años de estudios de Humanidades y otros tres de Filosofía en el Colegio Nuestra Señora del Recuerdo en Madrid y también

⁴ Fernando García Gutierrez afirmaba que disfrutaba escribiendo; de hecho era su afición predilecta en sus retiros de verano. En una entrevista señalaba con mucho gracejo: “[...] Además, una de mis manías, que yo creo que es buena, es escribir, y he escrito muchísimo...” (“Unas palabras con Fernando García Gutiérrez”, *Revista cultural Ecos de Asia*, <http://revistacultural.ecosdeasia.com/unas-palabras-con-fernando-garcia-gutierrez/> -fecha de consulta: 21/06/2019-).

emprendió estudios en el campo de la Historia del Arte. En la entrevista que pude hacerle en el año 2004 (y cuya transcripción guardo como oro en paño), señalaba “Mis estudios de arte fueron la Licenciatura en Filosofía y Letras, que hice en España, con la especialidad de Estética, en la Universidad de Barcelona. Recuerdo como profesor más influyente en mí al escritor y poeta José M^a Ververde⁵. Esta formación que fue fundamental para mi futura dedicación.”⁶

Ya por entonces, fascinado por las gestas de su admirado San Francisco de Javier, tenía claro que Japón era su lugar de destino más deseado. Y, efectivamente, su anhelo se cumplió. Tras un año de estancia en Irlanda que le permitió adquirir un dominio del inglés, arribó a su amado País del Sol Naciente, donde siguió ampliando su vasto bagaje intelectual, en especial en Universidad de Sophia, prestigiosa institución de enseñanza superior, de carácter privado, creada por la Compañía de Jesús. Así lo narraba Fernando:

Llegué a Japón exactamente el 16 de enero de 1956, después de un viaje de 33 días en barco desde Marsella a Yokohama. Estudié durante dos años la lengua y la cultura de Japón en un Centro de Cultura Japonesa que tenía la Compañía de Jesús en la provincia de Kanagawa, y al terminar, pasé un año enseñando arte español en la Universidad Sophia (Jōchi Daigaku) de Tokyo, mientras que practicaba la lengua japonesa. Después de ese año, estuve cuatro más en la Facultad de Teología de la misma Universidad, haciendo mis estudios de Teología para el sacerdocio. Fui ordenado sacerdote en la Iglesia de San Ignacio, de Tokyo, el 18 de marzo de 1962. Ocurrió que el profesor de arte oriental cayó enfermo, y me propusieron hacer estudios especiales sobre esta materia para sustituirlo. Mientras que estudiaba teología, hacía a la vez lo que aquí equivaldría a una licenciatura en arte oriental en la misma Universidad Sophia, en la Facultad de Culturas Comparadas. Con alguna interrupción corta, estuve enseñando arte oriental y español en la Universidad Sophia hasta 1970. Entonces me pidió el P. Arrupe,⁷ que ya era

⁵ José María Valverde Pacheco (1926- 1996) fue un poeta, filósofo, crítico literario, historiador de las ideas, traductor y profesor de Estética en la Universidad de Barcelona.

⁶ Entrevista a Fernando García Gutiérrez (E. Barlés, Zaragoza, 28/02/2004).

⁷ El jesuita español Pedro Arrupe y Gondra (1907-1991) llegó a Japón en 1938 y fue nombrado viceprovincial en 1954 y superior de la Provincia de Japón desde el momento en que fue constituida como tal en 1958. Ocupó este puesto hasta su elección en 1965 como Preósito General de la Compañía de Jesús, cargo que desempeñó hasta el año 1983. Fue una de las personas que más influyó en Fernando García Gutiérrez y, de hecho, le profesaba una gran admiración y aprecio. Fernando declaró en una entrevista: “Sin duda, fue un hombre providencial en mi vida y le agradezco a Dios haber tenido la oportunidad de haberlo conocido y haberlo tratado tanto” (véase: “Entrevista a Fernando García Gutiérrez, SJ”, Archidiócesis de Sevilla, disponible en: <https://www.facebook.com/ArchidiocesisdeSevilla/posts/972079942851493/>, -fecha de consulta 25/07/2019-) Con el tiempo, redactó un libro sobre su figura y su labor en el archipiélago japonés (García Gutiérrez, Fernando, *El padre Arrupe en Japón*, Guadalquivir, Sevilla, 1991).

Superior General de la Compañía, que viniera a España a encargarme de la oficina de conexión en Sevilla con la Misión de Japón.[...]. En Japón recuerdo especialmente al Prof. Kanki,⁸ que llegó a ser buen amigo mío y que murió joven. El arte oriental me causó una profunda impresión al ponerme en contacto con él, ya que nunca antes lo había estudiado. Desde el primer momento me sentí enormemente atraído por sus manifestaciones y me fascinó su estética. Desde entonces he procurado penetrar cada vez más en las distintas facetas del arte de Oriente, sobre todo de Japón [...]. No se debió mi marcha a Japón a una necesidad especial en la Universidad Sophia, sino que como cada año solían ser enviados algunos jóvenes jesuitas a aquella misión, se escogían entre los que se ofrecían para ello. Esta Universidad fue creada en 1912 por tres jesuitas (un inglés, un alemán y un norteamericano), con lo que su sentido de internacionalidad fue su signo distintivo desde los mismos comienzos. El Papa Pío X pidió a la Compañía que fundara una universidad en Japón, que fuera como un centro de cultura cristiana. Este signo distintivo se ha mantenido siempre: cuando yo llegué allí, entre los profesores estábamos jesuitas procedentes de 26 naciones. Cuando el P. Arrupe llegó a ser superior provincial de Japón, promovió mucho esta universidad, ya que desde los tiempos de Javier se veía que la cultura era el mejor medio de evangelización en Japón⁹.

La significación y contexto de la labor misionera que García Gutiérrez desarrolló en Japón ya ha sido reseñada con gran acierto por la profesora Yayoi Kawamura; por ello únicamente me centraré en lo que por entonces fue el inicio de su trabajo intelectual (en realidad, parte de también de su apostolado¹⁰), que fructificó en la temprana elaboración de distintos estudios sobre las manifestaciones culturales y artísticas del archipiélago.

Siguiendo el espíritu de aquellos primeros religiosos jesuitas desde aproximadamente mediados del siglo XVI emprendieron la predicación del Evangelio en las islas y que dieron a conocer mediante sus escritos las sin-

⁸ El profesor nipón Kanki Keizō (1932-1996) fue pionero de los investigadores de arte español en Japón. Entre otras obras publicó: *El Greco*, Shinchosha, Tokyo, 1975, *Pikaso* [Picasso], Kodansha, Tokyo, 1980, y *Berasukesu* [Velázquez] Shūeisha, Tokyo, 1976.

⁹ Entrevista a Fernando García Gutiérrez (E. Barlés, Zaragoza, 28/02/2004).

¹⁰ Como bien señaló Arturo Marcelino Sosa Abascal, actual Preósito General de la Compañía de Jesús, en su discurso en la Universidad Antonio Ruiz de Montoya (Lima) en marzo de 2017, es el apostolado intelectual lo que ha identificado siempre la misión de la Compañía de Jesús. La ampliación del conocimiento y su difusión y la reflexión teórica sobre los fenómenos humanos son una parte esencial de la actividad de esta congregación en su servicio al mundo (véase el extracto del discurso en Sosa, Arturo, "El Apostolado Intelectual, infaltable en la misión de la Compañía de Jesús", *Intercambio*, n° 3, disponible en <https://intercambio.pe/el-apostolado-intelectual-infaltable-en-la-mision-de-la-compania-de-jesus/> -fecha de consulta: 22/05/2019-).

gularidades de la civilización japonesa en la Europa de la Edad Moderna¹¹, Fernando también quiso profundizar en sus valores y transmitir sus logros. Curiosamente, sus primeros trabajos no versaron sobre el hermoso arte nipón. Desde muy joven había manifestado una viva predilección por la literatura y particularmente por la poesía y, de hecho, hacia los años 1958-1960, publicó sobre el tema varios trabajos en japonés en la revista nipona de literatura *Sōzō*¹². No obstante, su previa formación en el ámbito de las artes, los estudios que cursó en el propio Japón y sus gustos personales le inclinaron decididamente por la historia del arte. Ya desde comienzo de los años sesenta del siglo XX y hasta que regresó a España en 1970, escribió sus primeros trabajos, en los que ya manifestó su atracción por ciertos temas como las artes y los creadores vinculados a la estética del Zen¹³, los *emakimono* de los periodos Heian (794-1185/1192) y Kamakura (1185/1192-1333)¹⁴, el impacto de la naturaleza en el arte del archipiélago¹⁵, las manifestaciones artísticas de la era Meiji (1868-1912),¹⁶ las influencias niponas en el arte occidental¹⁷ y la arquitectura contemporánea de Japón.¹⁸ Fue este el principio de una extensa producción de trabajos, tanto de investigación como de síntesis, que son hitos historiográficos en el estudio del arte del País del Sol Naciente en España y, durante mucho tiempo, prácticamente los únicos referentes sobre la materia en lengua castellana. La obra más importante que llevó a cabo en su estancia en las islas fue, sin duda, el citado *El Arte de Japón* de colección Summa Artis de 1967¹⁹. Fruto de dos años intensos años de trabajo, constituyó la primera visión del arte japonés realizada por un español con seriedad y rigor académicos, dado que consultó numerosas fuentes de primera mano, los más recientes estudios

¹¹ Sobre el tema, véase Barlés Báguena, Elena, "Los textos impresos como testimonios de un encuentro. Libros occidentales relativos al periodo Namban en España y su contribución a la creación de la imagen de Japón", y "Selección de libros occidentales relacionados con el periodo Namban en bibliotecas y otras instituciones españolas", en Kawamura, Yayoi (ed.), *Lacas Namban. Huellas de Japón en España -IV centenario de la Embajada Keicho*, Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, y de la Fundación Japón, Madrid, 2013, pp. 161-199 y pp. 439-466. Barlés Báguena, Elena, "La imagen de Japón a través de los textos y grabados occidentales en la Edad Moderna", en Bernal Rodríguez, Antonio-Miguel (ed.), *Oriente y Occidente. La primera globalización en tiempos del Barroco*, Fundación Focus-Abengoa, Escuela de Barroco, Sevilla, 2013, pp. 35-62.

¹² Por testimonio de Fernando García Gutiérrez sabemos publicó los artículos titulados: "Panorama de la poesía española de después de la guerra", *Sōzō*, nº 2, Tokyo, 1958, "El *No-gaku*, teatro clásico japonés", *Sōzō*, nº 3, Tokyo, 1958, "Miguel de Unamuno", *Sōzō*, nº 9, Tokyo, 1960, y "Aspectos de la Poesía Religiosa", *Sōzō*, nº 13, Tokyo, 1961.

¹³ García Gutiérrez, Fernando, "Sesshū and his Masters", *Monumenta Nipponica*, XVI, nºs. 3-4, 1961, pp. 221-262.

¹⁴ García Gutiérrez, Fernando, "Emakimono Depicting the Pains of the Damned", *Monumenta Nipponica*, XXII, nºs. 3-4, 1967, pp. 278-289.

¹⁵ García Gutiérrez, Fernando, "Características del Arte Japonés", *Boletín de la Asociación Española de Orientalistas*, nº 3, 1967, pp. 17-21.

¹⁶ García Gutiérrez, Fernando, "Artistic Trends in the Meiji Period", en Skrzypczak, Edmund (ed.), *Japan's Modern Century*. Monumenta Nipponica, Sophia University, Tokyo, 1968, pp. 161-190; "Transformación del Arte Japonés en el Periodo de Meiji (1868-1912)", *Boletín de la Asociación Española de Orientalistas*, nº 5, 1969, pp. 31-42.

¹⁷ García Gutiérrez, Fernando, "Tapies en Japón", *Reseña de Literatura, Arte y Espectáculos*, nº 2, 1964, Madrid.

¹⁸ García Gutiérrez, Fernando, "La genialidad constructiva de Tange Kenzo", *Goya*, nº 76, 1967, pp. 240-247

¹⁹ García Gutiérrez, Fernando, *El Arte del Japón...*, op. cit. Esta magna obra ha sido reeditada nueve veces, la última de ellas en el año 2006.

efectuados sobre la materia hasta el momento de su edición²⁰ y se basó en el análisis directo de las obras, de las que incluyó numerosas fotografías. Para su elaboración Fernando recorrió durante sus años de estancia gran parte de la geografía nipona y, de hecho, afirmaba que “Lo que más me ayudó a comprender profundamente el arte de Japón fue el vivir allí. Es difícil llegar a penetrar en sus características más peculiares si no se llega a ver *in situ* las obras de arte japonés y entrar así en contacto con ellas”²¹. El resultado de su dedicación fue un trabajo único en su género en la España de aquella época;²² un libro que tiene la virtud de exponer de manera documentada, clara, ordenada y amena los hitos más importantes de las producciones artísticas y arquitectónicas de las islas desde la prehistoria hasta su fecha de publicación y, sobre todo, de mostrar las esencias de este arte, ya que el jesuita no se quedó en la mera descripción formal de las obras sino que penetró en el profundo sentido y significación de las mismas al vincularlas con el contexto social, económico, político, religioso, cultural y literario el que se gestaron. A pesar de que han pasado muchos años desde su primera publicación y, lógicamente, las investigaciones sobre las materias que trata han ido avanzando, es todavía es una obra clave para alcanzar una auténtica comprensión del arte de Japón y, de hecho, al día del hoy, sigo recomendándolo muy vivamente a mis alumnos.

Durante quince años García Gutiérrez vivió en Japón, entre sus clases, sus investigaciones, su intensa labor pastoral y su amplio círculo de amistades, entre las que se encontraban personas de la más variada condición (incluidos diplomáticos, eminentes profesores y reconocidos artistas nipones). Sin embargo, como se ha dicho, en el año 1970, el Padre Arrupe pidió al jesuita que volviera a España para que asumiera la dirección de la Procura de la Misión de Japón en Sevilla. A partir de esta fecha se instaló en la capital andaluza donde vivió los últimos cuarenta y ocho años de su vida. Fueron muchas y de distinta naturaleza las tareas que asumió en el curso de este tiempo²³; entre ellas, no podemos menos que destacar su trabajo como delegado diocesano de Patrimonio histórico-artístico de la Archidiócesis de Sevilla, labor que desarrolló con enorme eficacia desde el año 2000. Pero no por ello dejó de investigar, presen-

²⁰ Hemos de recordar que García Gutiérrez alcanzó un gran dominio de la lengua y escritura japonesas.

²¹ Entrevista a Fernando García Gutiérrez (E. Barlés, Zaragoza, 28/02/2004).

²² Recordemos que, hasta entonces, los textos existentes en castellano que estudiaban distintos aspectos del arte nipón eran fundamentalmente de autores extranjeros que fueron, traducidas nuestro idioma. Sobre la novedad que supuso este libro en el contexto de las publicaciones en castellano sobre arte japonés, véase: Barlés Bágüena, Elena, “Luces y sombras en la historiografía del arte japonés en España”, *Artigrama*, nº 18, 2003, pp. 23-82.

²³ Sobre su extraordinaria actividad pastoral y otras labores vinculadas a la Compañía de Jesús, véase: Rodríguez-Izquierdo, Guillermo S.J.: “Fernando García Gutiérrez, jesuita: de El Puerto a Sevilla pasando por Japón”, *ABC Sevilla*, 20 de abril de 2018, disponible en http://sevilla.abc.es/sevilla/sevi-fernando-garcia-gutierrez-jesuita-puerto-sevilla-pasando-japon-201804201208_noticia.html (fecha de consulta: 20/06/2019).

tar comunicaciones y ponencias en Congresos nacionales e internacionales y de publicar trabajos sobre Japón:

Mi interés por publicar sobre las manifestaciones artísticas de este país es el deseo de dar a conocer este aspecto tan rico de su cultura, que es tan poco conocido en Occidente, sobre todo en España. Las materias que he tratado creo que han ido desde los períodos más primitivos hasta los actuales. Pienso que por la experiencia que tengo [...] que el interés que suscita el arte japonés es enorme. La respuesta siempre es mucho más alta de lo que podría esperar. Me parece que es interesante el dar a conocer los puntos de contacto en el arte de Oriente y Occidente, y sus diferencias y acercamientos [...] Creo que los libros que he escrito, y también los innumerables artículos, son el modo más directo de dar a conocer el arte de Japón. Las conferencias y clases también, pero lo que queda en adelante es lo escrito²⁴.

Efectivamente, durante toda su vida García Gutiérrez siguió cultivando su pasión y sus conocimientos sobre el arte y la cultura del archipiélago nipón, país al que siguió viajando en numerosas veces (la última vez fue en abril de 2017), estancias en las que siempre aprovechaba para ponerse “[...] al día en lo que se va publicando sobre arte, y ver todo lo nuevo que se va haciendo.”²⁵

Entre todos los libros de carácter general que publicó sobre el arte de Japón deben destacarse las obras *El zen y el arte japonés* (1998),²⁶ todo un clásico en la materia; su trilogía *Japón y Occidente. Influencias recíprocas en el arte* (1990),²⁷ *La arquitectura japonesa vista desde Occidente. Japón y Occidente II* (2001),²⁸ y *El Arte de Japón. Lo Sagrado, lo Caballeresco y otros temas* (2008)²⁹, así como sus trabajos más recientes, *Ensayos sobre budismo y estética de Japón* (2011)³⁰ y *Panorama del arte actual cristiano en India, China y Japón* (2015)³¹. Todos ellos se caracterizaron por su amplia documentación y claridad expositiva. Pero, a la par, también fue escribiendo otros trabajos más concretos sobre arte japonés que publicó como capítulos de libro y como artículos en distintas revistas como el *Boletín de Bellas Artes y Temas de Estética y Arte*, ambas vinculadas a la Real Academia de Bellas

²⁴ Entrevista a Fernando García Gutiérrez (E. Barlés, Zaragoza, 28/02/2004).

²⁵ Entrevista a Fernando García Gutiérrez (E. Barlés, Zaragoza, 28/02/2004).

²⁶ García Gutiérrez, Fernando. *El zen y el arte japonés*, Guadalquivir, Sevilla, 1998.

²⁷ García Gutiérrez, Fernando, *Japón y Occidente. Influencias recíprocas en el arte*, Guadalquivir, Sevilla, 1990.

²⁸ García Gutiérrez, Fernando, *La arquitectura japonesa vista desde Occidente. Japón y Occidente II*, Guadalquivir, Sevilla, 2001.

²⁹ García Gutiérrez, Fernando, *El Arte de Japón. Lo Sagrado, lo Caballeresco, y otros temas*, Guadalquivir, Sevilla, 2008.

³⁰ García Gutiérrez, Fernando, *Ensayos sobre budismo y estética de Japón*, Videal impresores, Sevilla, 2011.

³¹ García Gutiérrez, Fernando, *Panorama del arte actual cristiano en India, China y Japón*, Videal impresores, Sevilla, 2015.

Artes de Santa Isabel de Hungría de Sevilla, de la que fue Académico de número (sección: Pintura, sillón n.º 30) desde el año 1989, así como *Laboratorio de Arte*, revista del Departamento de Historia del Arte de la Universidad de Sevilla, el *Boletín de la Asociación Española de Orientalistas*, editada por la Universidad Autónoma de Madrid y la Asociación Española de Orientalistas, y *Ars sacra*, revista de patrimonio cultural, archivos, arte, arquitectura museos y música, vinculados al ámbito sacro.

De todos estos últimos estudios, resaltaremos sus aportaciones realizadas al conocimiento y difusión del arte *Namban*. Con la expresión “Siglo ibérico en Japón” o periodo *Namban* (1543-1639) se designa la época en la que el archipiélago nipón y los países de la Península Ibérica establecieron intensos contactos gracias del desarrollo de las relaciones comerciales y a la presencia de misioneros cristianos que iniciaron la evangelización del país. Fruto de este singular periodo de encuentro cultural fue lo que conocemos como arte *Namban*, esto es, el conjunto de manifestaciones artísticas niponas, pinturas, objetos lacados, cerámicas, indumentaria y otro tipo de piezas, producidas en la segunda mitad del siglo XVI y primeras décadas del siglo XVII con influencia de Occidente. Fue Fernando García Gutiérrez quien nos descubrió muchas facetas de este arte, especialmente en el campo de la pintura.³² Particularmente hemos de resaltar sus importantes contribuciones en el estudio del jesuita y pintor italiano Giovanni Cola (1560-1626) que llegó a Nagasaki en 1583 (tres años después de haber entrado en la Compañía de Jesús) y que durante su estancia en Japón desarrolló una significativa tarea

³² Relacionamos a continuación y por orden cronológico de publicación sus trabajos sobre ese tema: García Gutiérrez, Fernando, “A Survey of Namban Art”, en Cooper, Michel (ed.), *The Southern Barbarians. The First Europeans in Japan*, Kodansha International, Ltd., Tokyo, 1971, pp. 145-206. “El arte del ‘Siglo Cristiano’ en Japón (‘Namban Geijutsu’)”, *Boletín de la Asociación Española de Orientalistas*, n.º 7, 1971, pp. 31-37. “Los ‘Namban-byobu’ de Japón: Unas pinturas con temas occidentales”, *Laboratorio de Arte*, n.º 2, 1989, pp. 61-76. “Contactos históricos entre Occidente y el Lejano Oriente”, *Boletín de Bellas Artes*, n.º 17, 1989, pp. 79-88. “La Ciudad de Sevilla en la pintura japonesa de finales del siglo XVI”, *Temas de Estética y Arte*, n.º 6, 1992, pp. 97-113. “Se encuentra un tapiz del Siglo XVI en Japón”, *Temas de Estética y Arte*, n.º 7, 1993, pp. 53-60. “Influencia del Arte Cristiano en el Arte Japonés”, *Temas de Estética y Arte*, n.º 14, 2000, pp. 83-127. “Sevilla en la pintura japonesa”, *Laboratorio de Arte*, n.º 13, 2000, pp. 59-78. “Influencia del Arte Cristiano en el Arte Japonés”, *Ars sacra*, n.º 24, 2002, pp. 72-86. “Giovanni Nicolao y Giuseppe Castiglione: Dos artistas jesuitas en el Extremo Oriente”, en García Gutiérrez, F. (ed.), *Aspectos del Arte de la Compañía de Jesús*, Guadalquivir, Sevilla, 2006, pp. 136-143. “Primeros encuentros del arte japonés con el de Occidente”, en González Gómez, Juan Miguel y Mejías Álvarez, M.ª Jesús. (eds.), *Estudios de historia del arte: centenario del Laboratorio de Arte (1907-2007)*, Universidad de Sevilla, Departamento de Historia del Arte, Sevilla, 2009, vol. 2, pp. 155-170. “Giovanni Cola (Joao Nicolao): un artista del Renacimiento italiano trasplantado a Japón”, *Temas de Estética y Arte*, n.º 25, 2011, pp. 97-124. “Pintura japonesa de inspiración occidental en el periodo de Momoyama”, en Cid Lucas, Fernando (ed.), *Japón y la Península Ibérica. Cinco siglos de encuentros*, Satori, Gijón, 2011, pp. 219-229. “La pintura de la escuela Namban en Japón”, en Kawamura, Yayoi (coord.), *Lacas Namban. Huellas de Japón en España -IV centenario de la Embajada Keicho*, Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, y de la Fundación Japón (Madrid), Madrid, 2013, pp. 121-148. “Japón y Occidente: la cultura y el arte como lugar de encuentro de la globalización”, en Bernal Rodríguez, Antonio-Miguel (ed.), *Oriente y Occidente. La primera globalización en tiempos del Barroco*, Fundación Focus-Abengoa, Escuela de Barroco, Sevilla, 2013, pp. 7-13. “IV Centenario de la Misión japonesa ‘Keicho’ a España. Permanencia de un grupo de japoneses en Coria del Río”, *Boletín de Bellas Artes*, n.º 42, 2014-2015, pp. 11-12.

de enseñanza de la pintura occidental a sus discípulos japoneses hasta el año 1614, fecha en el que tuvo que desplazarse, debido a las persecuciones cristianas del gobierno nipón, hasta Macao donde también ejerció y enseñó su oficio hasta su fallecimiento³³. Lógicamente, nuestro maestro por su condición de jesuita vinculado tantos años al archipiélago nipón, quiso dedicar también una parte de sus estudios a la presencia de la Compañía de Jesús en Asia Oriental, tema sobre el que podía acceder de forma muy directa a las fuentes primarias y del que publicó trabajos puntuales³⁴ y varios excelentes libros como *Los mártires de Nagasaki: IV centenario (1597-1997)*³⁵ de 1997; *50 años de presencia de los Jesuitas Andaluces en la Misión del Japón*³⁶, de 1998; y *La Compañía de Jesús, puente cultural entre Oriente y Occidente*³⁷ del 2017, obras que se sumaron a los muchos trabajos que realizó sobre la labor de los hijos de San Ignacio en el mundo y sobre el arte vinculado a su congregación³⁸.

Asimismo, no pudo menos que tratar aquellas facetas del arte japonés que más le fascinaban:

[...] me ha interesado de un modo especial el arte del Zen y su influencia en la cultura japonesa; la escuela de arte decorativo (“Rimpa”), por parecerme de lo más típico de Japón, sin influencias de fuera, etc. De artistas concretos, me impresionó mucho la figura del monje del Zen llamado Sesshū, y los artistas de “Rimpa” llamados Sōtatsu y Kōrin. [...] Me parece que la mayor aportación que ha hecho el arte de Japón en general, y la arquitectura en particular, es la capacidad de expresar mucho con el mínimo de elementos. Es una tendencia minimalista, que en Japón existía desde siempre. También creo que el poner en contacto directo con la naturaleza circundante es un rasgo estético que ha aportado el arte y la arquitectura de Japón al arte universal³⁹.

No es extraño, por tanto, que Fernando García Gutiérrez dedicara algunas de sus investigaciones o reflexiones a la Escuela *Rimpa* y las artes vinculadas al Zen (pinturas, jardines y manifestaciones ligadas al camino del té),⁴⁰

³³ Su artículo, antes citado, sobre este pintor jesuita, ha sido de nuevo reeditado en la revista *Mirai. Estudios japoneses*, como un homenaje a su figura (véase: García Gutiérrez, Fernando, “Giovanni Cola (Joao Nicolao). Un hombre del Renacimiento italiano trasplantado a Japón”, *Mirai*, nº 2, 2018, pp. 3-19).

³⁴ García Gutiérrez, Fernando, “Alessandro Valignano, S.J.: introducción de la cultura y el arte de occidente en Japón”, en Martínez Millán, José; Pizarro Llorente, Henar y Jiménez Pablo, Esther (coords.), *Los jesuitas: religión, política y educación (siglos XVI-XVIII)*, Universidad Pontificia Comillas, Comillas, 2012, vol. 3, pp. 1471-1482.

³⁵ García Gutiérrez, Fernando, *Los mártires de Nagasaki: IV centenario (1597-1997)*, Guadalquivir, Sevilla, 1996.

³⁶ García Gutiérrez, Fernando, *50 años de presencia de los Jesuitas Andaluces en la Misión del Japón*, Guadalquivir, Sevilla, 1998.

³⁷ García Gutiérrez, Fernando, *La Compañía de Jesús, puente cultural entre Oriente y Occidente*, Videal impresores, Sevilla, 2017

³⁸ Todos estos trabajos aparecen relacionados en: Barlés Báguena, Elena, “Semblanza de un sensei...”, op. cit., p. 214, cita 59.

³⁹ Entrevista a Fernando García Gutiérrez (E. Barlés, Zaragoza, 28/02/2004).

⁴⁰ Entre estas obras deben reseñarse: García Gutiérrez, Fernando “Sengai: Un Monje Pintor de la Secta Budista Zen”, *Boletín*

aunque también focalizó su atención sobre otras temáticas del arte tradicional japonés⁴¹.

Siempre interesado por los intercambios culturales y artísticos entre Japón y Occidente abordó estudios sobre las artes de la era Meiji, época en la que archipiélago nipón abrió sus puertas al exterior y emprendió un acelerado proceso de modernización, bajo modelos europeos y americanos, que también afectó a sus manifestaciones artísticas.⁴² Asimismo, el arte contemporáneo japonés, especialmente su arquitectura⁴³ fue una materia que le interesó particularmente. A su vez, dio a conocer en sus trabajos algunos temas relativos a la influencia de las manifestaciones artísticas japonesas en el arte occidental⁴⁴ y estudió algunas de las colecciones de arte nipón existentes en nuestro país⁴⁵.

de la Asociación Española de Orientalistas, nº 10, 1974, Madrid, pp. 133-44; "Monk Sengai (1750-1837). An Outstanding Master or Zen Painting in Japan", en AA. VV., *International Congress of Orientalist, 29th, Paris, 1973, Récents découvertes archéologiques en Chine, en Corée et au Japon*, L'Asiathèque, Paris, 1976, pp. 15-19; "Los jardines, expresión característica del arte japonés", *Temas de Estética y Arte*, nº 6, 1992, pp. 85-93; "El Arte del Zen en Japón", *Boletín de Bellas Artes*, nº 21 y 22, 1993-1994, pp. 133-154; "El arte del Té en Japón", *Laboratorio de Arte*, nº 10, 1997, pp. 195-210; "Dos formas de vaciamiento interior: la visión cristiana y la del budismo zen", *Temas de estética y arte*, nº 23, 2009, pp. 265-274. "El jardín y la casa de té", en Gras Balaguer, Menene (ed.), *El jardín japonés. Qué es y no es la espacialidad y temporalidad del paisaje*, ed. Tecnos, Casa Asia, Barcelona, 2015, pp. 249-260.

⁴¹ García Gutiérrez, Fernando, "Curso de conferencias sobre Arte del Japón (noviembre 7-18, 1988)", *Boletín de Bellas Artes*, nº 17, 1989, pp. 11-16; "Lo sagrado en el arte japonés", *Boletín de Bellas Artes*, nº 24, 1996, pp. 121-142; "El arte de las lacas japonesas", *Boletín de Bellas Artes*, nº 25, 1997, pp. 211-230; "El paisaje en la pintura de China y Japón", *Boletín de Bellas Artes*, nº 28, 2000, pp. 121-155. "Arte nuevo para una sociedad nueva. La era de los Tokugawa en Japón: 1615-1868", *Temas de estética y arte*, nº 15, 2001, pp. 175-200; "La pintura mística del amidismo budista en Japón", *Laboratorio de Arte*, nº 15, 2002, pp. 31-43; "El mar en el arte japonés", en Almazán, David (ed.), *Japón: arte, cultura y agua*, Prensas Universitarias, Zaragoza, 2004, pp. 17-28; "El mundo caballeresco en Japón y su reflejo en el Arte", *Boletín de Bellas Artes*, nº 34, 2006, pp. 107-123; "La mujer japonesa en el arte del periodo Heian", en Barlés, Elena y Almazán, David (eds.), *La mujer japonesa: realidad y mito*, Prensas Universitarias, Zaragoza, 2008, pp. 29-38; "La Navidad en el arte oriental", *Boletín de Bellas Artes*, nº 41, 2013, pp.191-199; "El nacimiento de la cultura clásica japonesa: período de Heian, 794-1185", *Cuadernos de los Amigos de los Museos de Osuna*, nº. 19, 2017, pp. 127-131.

⁴² Sobre este tema publicó: García Gutiérrez, Fernando, "Arte y cultura del Japón del período de Meiji (1868-1912): en el centenario del final del período Meiji", *Temas de estética y arte*, nº 26, 2012, pp. 125-14; y "Las Bellas Artes en la era Meiji: La repercusión del encuentro con Occidente", en Barlés, Elena y Almazán, David (eds.), *La fascinación por el arte del País del Sol Naciente. El encuentro entre Japón y Occidente en la era Meiji (1868-1912)*, Fundación Torralba-Fortún, Zaragoza, 2012, pp. 59-72.

⁴³ Entre los más importantes señalaremos: García Gutiérrez, Fernando, "La escultura de Teshigahara Sōfu", *Goya*, nº 94, 1970, pp. 224-227; "La arquitectura japonesa, vista desde Occidente", en *Boletín del Colegio Oficial de Aparejadores y Arquitectos Técnicos de Sevilla*, nº 35, 1990, pp. 43-50; "La nueva arquitectura religiosa en el Japón actual", *Ars sacra*, nº 3, 1997, pp. 18-34; "Kenzo Tange: La Catedral Católica de Santa María, Tokyo", *Ars sacra*, nº 1, 1997, pp. 5-10; "La nueva arquitectura religiosa en el Japón actual", *Ars sacra*, nº 3, 1997, pp. 18-34; "Tres nuevas iglesias católicas en Japón: Parroquia de Ube, San Ignacio de Tokyo y San Francisco Javier de Yamaguchi", *Ars sacra*, nº 7, 1998, pp. 75-82; "El pintor japonés Yasuo Ueno", *Ars sacra*, nº 13, 2000, pp. 89-93; "Los espacios sagrados de Japón", *Laboratorio de Arte*, nº 17, 2004, Sevilla, pp. 21-38; "Panorama del arte cristiano actual en India, China y Japón", *Patrimonio cultural: Documentación, estudios, información*, nº 41, 2005, pp. 53-6; "Pintores contemporáneos de temas cristianos en India, Corea y Japón", *Temas de estética y arte*, nº 22, 2008, pp. 197-224; "Panorama del arte cristiano actual en India, China y Japón", *Laboratorio de Arte*, nº 24, 2, 2012, pp. 775-794; "70 años de un arte en transformación en Japón: 1945-2015", *Cuadernos de los Amigos de los Museos de Osuna*, nº 17, 2015, Osuna, pp. 111-116.

⁴⁴ García Gutiérrez, Fernando, "Influencias mutuas entre el arte japonés y el occidental", *Goya*, nº 103, 1971, pp. 17-24; "Dos momentos en la introducción del arte occidental en Japón: Siglo XVI y Siglo XIX", *Temas de Estética y Arte*, nº 4, 1990, Sevilla, pp. 11-26; "Influencias mutuas entre el arte japonés y el occidental", *Boletín Bellas Artes*, nº 26, 1998, pp.117-142; "La pintura de Hokusai y su influencia en Europa", *Boletín Bellas Artes*, nº 7, 1999, pp. 183-198; "Influencias mutuas entre el arte japonés y el occidental", en Gómez Aragón, Anjghara (coord.): *Japón y "Occidente". El patrimonio cultural como punto de encuentro*, Aconcagua, Sevilla, 2016, pp. 17-25.

⁴⁵ Ejemplos son: García Gutiérrez, Fernando "Colección de grabados japoneses en la Abadía de Monserrat", *Boletín de Bellas*

E incluso publicó el catálogo de su propia colección de arte de Asia Oriental⁴⁶ que atesoró a lo largo de su vida y que legó en el año 2002 a su querida Real Academia de Bellas Artes de Santa Isabel de Hungría en Sevilla (donde se encuentra expuesta en la actualidad).⁴⁷ No obstante, hemos de señalar que un considerable número de las piezas de su propiedad las donó al Museo Oriental de Valladolid (Real Colegio de PP. Agustinos)⁴⁸, dirigido por Blas Sierra de la Calle, gran experto en arte de Asia oriental y entrañable amigo de Fernando.

Vinculado a sus labores como investigador hemos de resaltar su trabajo como comisario de exposiciones, una tarea que ya emprendió muy poco después de su regreso a España⁴⁹. Aunque fueron muchas las exhibiciones de arte japonés que organizó García Gutiérrez⁵⁰ no podemos menos que destacar dos en la que actuó como comisario. La titulada *Momoyama: la Edad de Oro del Arte Japonés*⁵¹, probablemente, fue la más importante de cuantas se han celebrado en España sobre las manifestaciones artísticas del País del Sol Naciente. Tuvo lugar en el Palacio de Velázquez del Parque del Retiro de Madrid entre noviembre de 1994 y febrero de 1995 y fue organizada por la Agencia de Cultura de Japón, La Fundación Japón y el Ministerio de Cultura de España. Esta muestra de la que fue el comisario junto a un experto nipón fue realmente espectacular, tanto por su calidad como por su envergadura ya que se exhibieron unas 140 piezas (pinturas, esculturas, máscaras de teatro, cerámicas, lacas, armas y armaduras, indumentaria, etc.), procedentes de instituciones niponas, entre las que se encontraban varias calificadas como Propiedades artísticas importantes. Fue la primera vez que pudo contemplarse fuera de Japón uno de

Artes, nº 30, 2002, pp. 131-146; "Tsuba: un signo distintivo de los caballeros de Japón: colección de "tsuba" en el Museo de Bellas Artes de Bilbao", *Boletín del Museo de Bellas Artes de Bilbao*, nº 3, 2007, pp. 101-159.

⁴⁶ García Gutiérrez, Fernando, *Colección de Arte Oriental China-Japón*, Real Academia de Bellas Artes Santa Isabel de Hungría, Guadalquivir, Sevilla, 2002. El libro fue reeditado por la Fundación Japón en el 2017.

⁴⁷ Sobre esta colección de la Real Academia sevillana, véase el amplio trabajo publicado en el presente volumen por el profesor David Almazán Tomás

⁴⁸ Estas donaciones se realizaron desde el año 2002 hasta el año 2017 y consistieron en 77 piezas de Japón, 23 de China y 7 de Corea. Sobre este legado, véase el excelente trabajo: Sierra de la Calle, Blas, *Arte de Japón y China...*, *op. cit.*, donde se catalogan y estudian estas obras de arte.

⁴⁹ La primera exposición que hemos podido documentar fue la titulada *Porcelanas japonesas* que tuvo lugar en el año 1973 en Michiko, un local sito en la calle Diego de Riaño, nº 7, donde se vendían objetos orientales, con el fin de obtener recursos para ayudar a la Misión de Japón (*ABC, Sevilla*, 16/03/1972, p. 42 -anuncio publicitario de Michiko-). En ella se mostraron porcelanas y cerámicas japonesas Kakiemon, Nabeshima, Imari, Kutani y Satsuma. "piezas antiguas diversas —platos, jarrones, centros— pertenecientes a colecciones particulares sevillanas, cuya escrupulosa selección ha realizado el R. P. Fernando García Gutiérrez, S. J., especialista en arte oriental, concretamente en arte japonés". (Olmedo, Manuel, "Exposición singular. Porcelanas japonesas", *ABC, Sevilla*, 24 de febrero de 1973, p. 60).

⁵⁰ Entre otras (y de acuerdo con los datos aportados por García Gutiérrez), señalaremos las siguientes: *Porcelanas japonesas en colecciones privadas* (Museo Arqueológico de Sevilla, febrero, 1975), *Grabados japoneses contemporáneos* (Casa de la Cultura, Huelva, febrero, 1977), *Pintura japonesa* (Real Academia de Bellas Artes de Santa Isabel de Hungría, Sevilla, marzo, 1982), *Arte Japonés* (Real Academia de Bellas Artes de Santa Isabel de Hungría, Sevilla, noviembre, 1986) y *Exposición Permanente de Arte Oriental* (Galería del Centro de la Misión del Japón, Sevilla, noviembre, 1992).

⁵¹ Véase el magnífico catálogo con numerosos textos de Fernando García Gutiérrez, AA. VV., *Momoyama: La Edad de Oro del Arte Japonés* [catálogo de exposición], Editorial del Ministerio de Cultura, Madrid, 1994.

los biombos del gran artista Hasegawa Tōhaku (1539-1610), *Pinos sobre la niebla*, del Museo Nacional de Tokio, obras designadas como Tesoro Nacional⁵². También fue muy importante fue la exposición *Arte Japonés y Japonismo*,⁵³ celebrada en el Museo de Bellas Artes de Bilbao del 10 de junio al 15 de septiembre de 2014. En esta ocasión, y bajo la tutela de Fernando García Gutiérrez, se expusieron 221 objetos japoneses (lacas *urushi*, grabados *ukiyo-e*, *tsuba*, cerámica, etc.) de la colección de arte asiático atesorada por José Palacio (1875-1952) que ingresó en el Museo bilbaíno por la donación de su heredera, María de Arechavaleta, en los años 1953-1954. Estas piezas, de gran calidad, se presentaron agrupadas en tres grandes conjuntos –“Lo sagrado y lo caballeresco”, “El grabado del periodo Edo (1615-1868)” y “Lo cotidiano. El arte de la laca *urushi*”– y se complementaron con un espacio dedicado a la figura de José Palacio y con una treintena de obras de la colección del museo que reflejaban el fenómeno del japonismo⁵⁴.

Pero además de buen investigador, Fernando fue, sobre todo, un excelente profesor y un magnífico divulgador del arte nipón. Poseía todas las virtudes para ser un eminente maestro. Tenía el don de la palabra y una energía vital, simpatía, gracia y frescura en su discurso que lograba casi de inmediato empatizar con el público, arrebatar su atención y mantenerla por tiempo prolongado. Era un magnífico comunicador y sabía transmitir la esencia de lo que quería enseñar, con orden y con palabras claras y directas⁵⁵. Su profundo aprecio y admiración (yo diría pasión) por la cultura y el arte de Japón⁵⁶, le hacía contagiar a los oyentes su entusiasmo por todo lo que explicaba. Y además, a pesar de su autoridad, profundos conocimientos y prestigio⁵⁷, siempre se mostraba humilde y afable.

Fernando García Gutiérrez ya debió de mostrar estas cualidades en sus años de profesor en la Universidad de Sophia, donde sabemos que era muy

⁵² “El Palacio de Velázquez expone las joyas del arte japonés del siglo de Oro”, *ABC*, 23 de noviembre de 1994, p. 62.

⁵³ También fue editado un bello catálogo con textos de distintos investigadores: García Gutiérrez, F. (com.), *Arte Japonés y Japonismo* [catálogo de exposición], Bilbao, Museo de Bellas Artes de Bilbao, 2014.

⁵⁴ Véase Museo de Bellas Artes de Bilbao, Exposiciones, Arte japonés y japonismo, <https://www.museobilbao.com/exposiciones/arte-japones-y-japonismo-215> (fecha de consulta: 25/07/2019)

⁵⁵ A menudo me decía: “[...] si quieres dar bien una clase, no abrumes a los alumnos con mil nombres; lo importante es que se queden con unas ideas principales bien asimiladas [...]”.

⁵⁶ Con gracia señalaba: “De los japoneses me gustan hasta sus defectos”.

⁵⁷ Queremos recordar que Fernando García Gutiérrez fue galardonado en 1993 con la condecoración de la Orden del Sol Naciente (con distintivo de Rayos Dorados y Roseta), la más alta distinción que otorga su majestad el emperador de Japón a aquellas personalidades, nacionales o internacionales, con logros destacados en distintos campos relacionados con el País del Sol Naciente. En 2011, se le concedió el premio de la Fundación Consejo España-Japón (primera edición), que le fue otorgado, junto a Federico Lanzaco Salafranca, Fernando García Gutiérrez y Fernando Rodríguez Izquierdo, por su condición de pionero en los estudios japoneses en nuestro país. En el año 2013, con ocasión de la celebración de Año dual España y Japón, en el que se conmemoró el 400 aniversario del envío de la Embajada Keichō a Europa y el inicio de las relaciones entre España y Japón, el jesuita fue invitado a la cena oficial que los entonces príncipes de España, ahora reyes, ofrecieron en el Palacio Real de Madrid al príncipe imperial Naruhito, actual emperador del Trono del Crisantemo.

querido. Desde que llegó a España fue profesor visitante en distintos centros europeos y americanos y, durante cinco cursos académicos (1995-2001), docente en la Universidad de Sevilla, donde impartió hasta el momento de su jubilación la asignatura *Arte Extremo Oriental*, perteneciente al Plan de Estudios de la Licenciatura de Historia del Arte, materia de carácter optativo en la que se solían matricular hasta 180 alumnos. Pero, además, desde que volvió a nuestro país, comenzó a desarrollar una intensa labor de difusión de las manifestaciones niponas a través de la impartición y organización de cursos, ciclos de conferencias y otros eventos culturales por toda nuestra geografía.⁵⁸ A lo largo de su trayectoria, organizó distintas semanas culturales sobre Japón, en Sevilla, Almería, Cádiz, Granada, Santa Cruz de Tenerife, entre otros lugares. Fue ilustre y venerado ponente en todas las ediciones de la Semana Cultural Japonesa organizadas por la Universidad de Zaragoza (un total de 16 desde la primera, celebrada en el año 1999, hasta el 2016). Realmente de naturaleza incansable, impartió cientos de conferencias o lecciones en incontables centros e instituciones tanto españolas como hispanoamericanas sobre muy variados temas sobre Japón, su cultura y sus artes⁵⁹, y en todas ellas sobresalió por sus

⁵⁸ Ya en diciembre del año 1970, con ocasión de la festividad de San Francisco Javier, organizó en la Procura de la Misión de Japón en Sevilla una ceremonia de té (*chanoyu*), de acuerdo con el protocolo de la escuela Omote-Senke, que llevaron a cabo Tsuji Mitsuhiro, profesor de gramática española de la Universidad de Nagasaki, y su esposa Tsuji Yoshie, un evento inédito hasta entonces en la capital andaluza (González, Benigno, "El *chashitsu* de la Misión de Japón en Sevilla", *ABC, Sevilla*, 3 de diciembre de 1970, pp. 20-21). Poco después, en 1971 impulsó y llevó a efecto, una Semana Cultural Japonesa en Sevilla, pionera en su género, con la colaboración de la Embajada de Japón en España (González, Benigno, "La semana de Japón en Sevilla se preparará del 8 al 14 de febrero próximo", *ABC, Sevilla*, 26 de enero de 1971, p. 27; González, Benigno, "Ayer dio comienzo la Semana del Japón en Sevilla", *ABC, Sevilla*, 9 de febrero de 1971, p. 43).

⁵⁹ Sobre Japón en general, mencionaremos las siguientes: Momento actual del Japón: un país en continua transformación; El desarrollo social de Japón: población, economía, familia; La educación en Japón (sistema educacional vigente en la actualidad y su comparación con los siglos pasados); Costumbres tradicionales de Japón (manera de vida que aún perviven en el Japón moderno); Constantes antropológicas del pueblo japonés; Aspectos del Sintoísmo y Budismo (las dos grandes religiones de Japón); Distintas interpretaciones del Budismo a través de la historia de Japón; La secta budista Zen: un camino para la iluminación; El Cristianismo en Japón; Introducción a las nuevas religiones en Japón; El paisaje en Japón a través de las Cuatro Estaciones del año; y Viaje por distintas regiones de Japón. Sobre arte japonés impartió las siguientes: Características generales del arte japonés y su inter-relación con el arte de Occidente; La cerámica de las primitivas culturas de Japón; Pinturas murales en las antiguas tumbas del Japón; La concepción china y japonesa de la Naturaleza en el arte; El Monje budista Genshin (942-1017): un mensajero artista del Amidismo en Japón; Interpretación del paisaje en la pintura oriental; El arte del Zen, la secta contemplativa del Budismo; Sesshū (1420-1506): un gran artista de la pintura Zen; Sengai (1751-1837): un monje pintor de la secta budista Zen; El Retrato en la pintura japonesa; La Pintura de género (*Ukiyo-e*) y su influencia en la pintura europea; La gran Escuela de Arte Decorativo (Rimpa) en Japón; El Arte del Siglo Cristiano (Namban Geijutsu) en Japón: contacto del arte japonés con el occidental; La Pintura Moderna en Japón en el Período de Meiji (1868-1912); Principales tendencias en la Pintura Contemporánea en Japón; Yokoyama Taikan (1868-1958): un maestro genial de la pintura contemporánea en Japón; El Ikebana: el arreglo japonés de las flores (su simbolismo y significado); La escultura de Teshigahara Sōfu: influencia del Ikebana en la escultura contemporánea; El Arte del té en Japón y su influencia en la cultura japonesa; El Mar en el arte japonés; Pintura japonesa de inspiración occidental en el Período de Momoyama (1573-1615); Las primeras pinturas de tema cristiano en Japón; España y Japón: relaciones culturales y artísticas; Influencia del Arte Cristiano en el Arte Japonés; La pintura de Hokusai y su influencia en Europa; Hiroshige (1797-1858): Un gran artista renovador de la estampa japonesa. Sobre arquitectura japonesa, resaltaremos las siguientes: Características generales de la Arquitectura Japonesa; Arquitectura japonesa anterior a la llegada del Budismo: las primitivas viviendas de Japón; la arquitectura sintoísta; Importancia de las Casas de té en la arquitectura japonesa; Los jardines de Japón: desarrollo histórico y significado; Los Castillos de Japón; Contrastes de la arquitectura japonesa de los siglos XVII y XVIII: el Palacio de Katsura y el Mausoleo de Nikkō; La genialidad constructiva de Tange Kenzo; Generación creativa de arquitectos japoneses después

amplios conocimientos, por su claridad y por esa “chispa” y amenidad que aportaba con su fino sentido del humor y con esas anécdotas personales tan oportunamente introducidas en su discurso con las que conquistaba al público. En cada una de sus intervenciones ponía su corazón, un corazón que, sin duda, era muy grande y generoso.

Si entendemos como maestro a la persona que instruye o forma y especialmente aquella de la que se reciben enseñanzas muy valiosas, desde luego que Fernando García Gutierrez fue para muchos un gran maestro. Perteneció a esa generación de grandes intelectuales, con los que tenemos una deuda impagable, de la que forman parte Federico Lanzaco, Antonio Cabezas, José María Ruiz, Jesús González Vallés, José María Ruiz y Fernando Rodríguez Izquierdo⁶⁰ que fueron los pioneros de la japonología en España y abrieron los caminos del conocimiento de la cultura nipona en nuestro país. En su caso, fue el estudioso que logró dar luz a la grandeza del arte de Japón que en la España de aquella época permanecía en la penumbra. No solo nos proporcionó una información de primer orden sobre distintas manifestaciones artísticas de este país asiático sino que nos dio la clave para alcanzar su auténtica interpretación y comprensión: la necesidad de penetrar en el sustrato del pueblo que las creó, esto es en su historia, sociedad, sistema de pensamiento, espiritualidad y cultura. Pero, además, su vida misma fue una gran lección; con sus valores, su generosidad, su entrega, su bondad, su simpatía y su alegría conmovía el corazón de los que le rodeaban y con su innata “inteligencia emocional” supo ganarse el respeto y el vivo afecto de todos los que lo conocimos. Entrañable y sencillo, como buen hombre sabio, confirmó con su actitud la conocida frase que dice “en los corazones más humildes encontramos siempre a los mejores maestros”. Como muchos de los que tuvimos la gran fortuna de gozar de su amistad, guardo mi interior como un auténtico tesoro el recuerdo de su amplia y franca sonrisa, así como las charlas, los encuentros y los momentos con él compartidos. Dice un proverbio japonés que “mejor que mil días de estudio diligente es un día con un gran maestro”. Doy mil gracias al destino por haber disfrutado de muchos días con Fernando. Sé que desde el Cielo seguirá guiando a los que fuimos sus discípulos. Su legado fue inmenso y nuestro agradecimiento infinito.

de la II Guerra Mundial; La Arquitectura de la Expo'70 de Osaka; El Movimiento Metabolista en la arquitectura japonesa; Las casas del Japón contemporáneo; Expo'75: La Exposición Internacional del Mar en Okinawa; La nueva arquitectura religiosa en el Japón actual; Expo'85: La Exposición Internacional de Tsukuba (Japón); Hacia la construcción de un Nuevo Tokyo: la arquitectura actual de Japón; y La arquitectura japonesa desde la entrada de la influencia de Occidente en el siglo XIX.

⁶⁰ Sobre estas figuras, véase Barlés Báguena, Elena, “Luces y sombras...”, *op. cit.*

***EL PADRE FERNANDO COMO MISIONERO
EN JAPÓN
por D. Yayoi Kawamura***

Sra. Presidenta de la Academia, Marquesa de Méritos.
Sras. y Srs. académicos
y todos los asistentes.

Hoy nos hemos reunido aquí por un motivo muy sentido, entrañable, y a su vez triste: recordar a nuestro querido maestro y amigo el P. Fernando García Gutiérrez. La ocasión me ha hecho poseedora del gran honor de volver a ocupar este estrado de la Real Academia de Bellas Artes de Santa Isabel de Hungría bajo la atenta mirada de Murillo. La primera vez que tuve la oportunidad de estar aquí era apadrinada precisamente por el P. Fernando, quien actuó como receptor de la Academia al lado de la Presidenta.

En este momento de homenaje, *in memoriam*, inunda mi mente un torrente de imágenes y palabras que pude disfrutar en las vivencias con el P. Fernando, unas vivencias, todas, inolvidables, que fueron, sin duda, un regalo de Dios para mi.

El P. Fernando ha sido el referente, en el terreno académico, de la historia del arte japonés en España, pero antes de eso, y por encima de ese notabilísimo valor académico e intelectual, ha sido misionero, MISIONERO en mayúsculas, misionero del Evangelio en Japón y misionero del arte japonés en España. Sin la condición de ser jesuita y misionero en Japón, no existiría

el P. Fernando, al igual que sin ella no existiría San Francisco Javier o el P. Arrupe. Japón fue siempre su referencia, siguiendo las estelas de otros jesuitas misioneros que vivieron en esa tierra lejana de Asia, como, repito San Francisco Javier o el P. Arrupe. Aunque no soy persona autorizada para hablar de la misión jesuítica en Japón, el periodo de la estancia del P. Fernando allí lo conozco bien, y lo viví entonces muy cerca de varios misioneros españoles.

El espíritu de ser misionero es uno de los principios, o mejor dicho, la piedra angular, de los jesuitas desde el tiempo de San Ignacio de Loyola hasta el momento actual del papa Francisco. Es el espíritu de la Compañía de Jesús, o sea de “La Compañía”. Y lo fue para el P. Fernando, quien tras unirse a la Compañía fue destinado a Japón en 1956, donde se ordenó en 1962 en la iglesia de San Ignacio, sita en Yotsuya en Tokio, una iglesia reconstruida tras la destrucción del templo de *Santa Teresa de Jesús*, por el bombardeo durante la 2ª guerra mundial, cuya organización fue confiada a la Compañía en 1947, y por esta razón, fue entonces rebautizada como San Ignacio.



Ordenación sacerdotal, San Ignacio, Tokio (1962)

La historia de las relaciones entre Japón y la Compañía de Jesús se remonta a mediados del siglo XVI cuando nuestro santo, San Francisco Javier, alcanzó aquella tierra donde descubrió una cultura desconocida y prendió la mecha evangelizadora. La misión de los jesuitas en aquellos años en Asia forjó una manera inconfundible de trabajo misionero de sus miembros: la inculturación, que sigue siendo el sello de los jesuitas. La inculturación: palabra tantas veces escuchada en boca del P. Fernando. Aprender de las lejanas culturas para conseguir el propósito.ç

Las semillas que sembraron en Japón los primeros jesuitas en los siglos XVI y XVII y sus consecuencias forman un importante capítulo en la historia de Japón, a pesar de la prohibición y persecución del cristianismo desde 1614. Tras permanecer el país feudal muy cerrado rechazando a los misioneros, Japón abrió sus puertas a Occidente en la segunda mitad del siglo XIX.

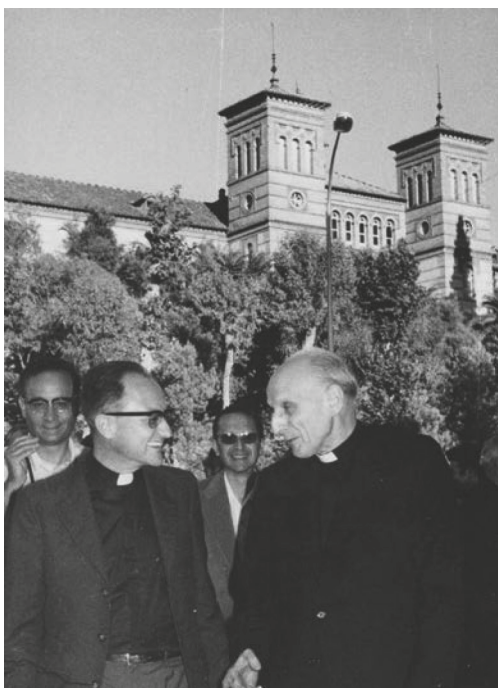
Es cierto que el primer grupo religioso que se instaló en Japón tras la reapertura no fue la Compañía de Jesús, sino la Misión de París de los PP. Marianistas, otra Compañía, la Compañía de María. Pero los jesuitas volvieron a Japón vinculados a una tarea de gran calado, que les encargó el Papa Pio X en 1905: fundar una universidad católica en Tokio. Así se inició la Universidad Sofía como faro, del que debía irradiar la luz del Evangelio a través de la enseñanza superior. Aquella universidad, que abrió sus puertas con 15 alumnos, en la actualidad es un centro de gran prestigio en Japón y en el mundo. Cuando el P. Fernando llegó a Japón, la Universidad Sofía fue la institución que le acogió, y que pronto se convirtió para él en el campo de trabajo, bien para su formación, o bien para sus actividades misioneras entre los estudiantes.



Universidad Sofía,
Tokio

El país nipón aún vivía convulso tras tremendas experiencias de la guerra, durante la cual todos los misioneros extranjeros sufrieron grandes problemas e incluso encarcelamientos, como el propio P. Arrupe. Pero el país estaba poco a poco intentando salir del trauma. La población estaba buscando la nueva luz. En esas fechas las actividades de distintos misioneros católicos en Japón fueron de gran significado.

Dos años antes de llegar el P. Fernando, la misión jesuítica de Japón fue reconocida desde Roma con la creación de una Viceprovincia en Japón, y en 1958, estando el P. Fernando ya en Japón, se vio elevada a la categoría de Provincia, en frente de todo ese proceso estaba el P. Arrupe, el primer Provincial de Japón, más tarde Preósito General de la Compañía, hombre de fe y optimista por ello, a pesar de las distintas incomprendiones y contradicciones sufridas, según palabras del propio P. Fernando.



El P. Fernando y el P. Pedro Arrupe

Sin duda, el P. Arrupe, misionero que vivió muchas vicisitudes en Japón como presenciar en primera persona la bomba atómica de Hiroshima, fue el espejo del P. Fernando y de otros muchos jesuitas de esa generación. El libro *El Padre Arrupe en Japón* escrito por el P. Fernando lo dice todo. En su

dedicatoria podemos leer la siguiente frase:

Al P. Pedro Arrupe, S. J., iniciador de las oficinas de animación misionera para la Misión del Japón en Madrid y Sevilla, en testimonio de admiración y agradecimiento.

En la década de 1950, cuando el P. Fernando empezó a trabajar como misionero, en Japón el número de católicos estaba incrementándose. Es la generación de los conocidos literatos católicos como Endo Shûsaku, Miura Shumon o Sono Ayako, todos de talla intelectual, y a esta generación pertenecía también mi madre quien trajo la fe cristiana a mi familia a través de una monja española, adoratriz, colaboradora del P. Arrupe y conocida del P. Fernando.



El P. Fernando con una familia japonesa

Ser jesuita y ser misionero son dos ejes fundamentales de la persona recordada hoy. Vivió el espíritu de inculturación con una mente extraordinariamente abierta y brillante. Su inteligencia y su generosidad eran enormes, sin perder jamás la condición de ser jesuita, y era capaz de decir, por ejemplo, delante del retrato de Carlos III, con gran sonrisa y ojos chispeantes, “¡Vaya lo que nos organizó, pero nosotros vivimos!

Una vez vuelto a España, siguió siendo misionero de Japón, abriendo la mente de muchos españoles a través de sus conocimientos sobre la cultura y arte japonés, y trabajando siempre por la causa japonesa. Siendo el responsable del Patrimonio cultural de la archidiócesis de Sevilla en los últimos años, ejercía el cargo con esa agudeza mental, y como no, con una predilección hacia Japón. He de confesar que he sido beneficiaria de ello. Cuando quería estudiar obras de arte japonés conservadas en el fondo de los conventos de

clausura, la palabra “Padre Fernando” era sinónimo del “Ábrete sésamo”.

También esa predilección hacia Japón hizo viajar hasta allí a Don José Enrique Ayarra, canónigo y maestro organero de la catedral de Sevilla, de reconocimiento internacional, para ofrecer varios conciertos para el deleite de los japoneses. Su fallecimiento, también acaecido en este presente año, es recordado aquí.

Justo el día de las bodas de oro del sacerdocio del P. Fernando, el 18 de marzo de 2012, estando en la zona de Tokio, visité la iglesia de San Ignacio de Tokio, en acto de homenajear al P. Fernando, que estaba en Sevilla. El P. Kurimoto, co-ordenado, diríamos, del P. Fernando, que celebraba el mismo aniversario en Tokio ese día, recordaba cariñosamente a “Guti”, nombre por el que era conocido el P. Fernando entre sus colegas de Japón.

Pues, así quisiera recordar al padre Fernando, misionero, en sentido más amplio de la palabra, y haberle conocido fue, para mí, una inmensa suerte.

Muchas gracias.

FERNANDO GARCIA GUTIERREZ,
ACADEMICO Y AMIGO
por Fernando Fernández Gómez¹

Excma. Sra. Presidenta de la Real Academia
Excmo. Sr. Presidente del Instituto de Academias de Andalucía
Ilmo. Sr. Cónsul de Japón en Sevilla

Del P. Fernando se ha hablado mucho estos días en la Academia, desde muy distintos puntos de vista, como es natural en una personalidad tan activa y tan poliédrica, con tantas facetas, todas tan ricas, en las que uno no sabe qué aspecto destacar más, en cual fijarse con mayor interés, porque todos son dignos de atención. Y una personalidad a la vez, tan uniforme, tan coherente, tan centrada en su fe, su vocación y el servicio a los demás.

En la Academia le dedicamos una sesión monográfica hace un par de semanas. Y sobre él hablaron cuatro compañeros académicos de distintas provincias, profesores de las Universidades de Zaragoza, Oviedo y Sevilla, que habían sido a la vez alumnos o colegas suyos en el estudio o la enseñanza de las bellas artes en Oriente. Y nos contaron muchas cosas de él que no sabíamos, de sus clases y conferencias, de su vida científica y docente, del modo como sabía transmitir sus conocimientos, de su curiosidad intelectual y de su vocación por el estudio, que le hizo alcanzar con rapidez un profundo

¹ Leído en la Clausura de la Semana Cultural del Japón, dedicada al P. García Gutiérrez, el día 9 de noviembre de 2018

conocimiento de Japón; una comprensión que, como suele ser normal, le llevó a apreciar y amar cada vez más su cultura, y a sentir la necesidad de transmitir sus valores, lo que iba a hacer a lo largo de toda su vida.

Hoy hemos oído hablar de él como sacerdote. Yo, que no soy ni experto en las bellas artes de Oriente, ni fui alumno suyo ni compañero en la enseñanza, ni voy a repetir aquí cuanto sobre él ya han dicho los compañeros académicos que me han precedido en esta sala en días anteriores, quiero, con el permiso de ustedes, y muy especialmente de D. Fernando Rodríguez Izquierdo, otra de las figuras clave de la japonología en España, que hoy nos acompaña, y es quien mejor podría hacerlo, quiero, repito, hablar de él como amigo, como amigo bueno, de corazón blanco, con el que sabes que puedes hablar de todo con total confianza, sin haber previsto previamente nada, pero sabiendo que siempre vas a encontrar en él una acogida cariñosa, una palabra de aliento, un parecer objetivo, el consejo adecuado, sereno, la oportuna sugerencia, el recuerdo entrañable, pues en él cabeza y corazón iban al unísono y siempre estaban a disposición de todos.

Conocí al P. Fernando poco después de su vuelta de Japón, cuando él andaba buscando un destino adecuado para la colección de piezas de arte oriental que de allí había traído, como fruto de las donaciones que innumerables amigos, como él mismo dice en el Catálogo que la Fundación Japón le publicó hace un par de años, le habían ido haciendo a lo largo de sus años de estancia en el querido país, y trataba de buscar para ellas un destino adecuado, digno y duradero, para que todo el mundo pudiera tener en Sevilla una pequeña muestra de las artes de Oriente. Y fue a verme al Museo Arqueológico, siendo yo su director, para ofrecerme la posibilidad de presentarla al público allí, en su sala de exposiciones temporales. Acepté con mucho gusto el ofrecimiento y allí pudo admirarse durante cerca de un mes, en mayo de 1981, el conjunto de más de 300 piezas de arte oriental, entre esculturas de jade y marfil, cerámicas, platería, pinturas y caligrafías, tapices, caretas de teatro o juegos de té de los siglos XVII al XX, y de manera muy especial la figura de guerrero, el samurái, y el altar familiar budista que tanto le enorgullecía. Después ofrecería su colección íntegra, en nombre de la Compañía de Jesús, a esta Academia, a la que ya pertenecía, para su exposición permanente. Y, aceptada la donación por el Pleno, aquí se expone desde entonces con los mismos soportes que había tenido en el Museo, como humilde contribución a un bonito proyecto, basado por completo en el trabajo personal hasta para embalar y desembalar, transportar, cargar, descargar y exponer las piezas, tarea en la que tuve oportunidad de colaborar con él en distintas ocasiones.

A partir de entonces siempre estuve en contacto con el P. Fernando, contacto que se intensificó de manera notable tras mi ingreso en la Academia, y sobre todo tras mi nombramiento como Secretario General de la misma, con lo cual los temas de conversación sobre problemas que a los dos nos afectaban, acerca de la Academia en su conjunto o de la colección oriental, de la que personalmente se encargaba, fuera para redactar el catálogo o mejorar la exposición o iluminación de las piezas, o cualquier otro detalle, se multiplicaban. No son, sin embargo, estas conversaciones coyunturales, de simple funcionamiento de la institución, las que más recordamos haber tenido con él, sino las que con mayor tranquilidad manteníamos, principalmente durante los meses de verano, cuando, por estar de vacaciones el personal, yo venía a la Academia para atenderla en lo que fuera necesario y él iba al arzobispado para cumplir sus obligaciones como responsable del Patrimonio Artístico de la Diócesis. Y, al pasar por la puerta, sabiendo que estaba arriba su tocayo, como cariñosamente me llamaba, subía, y, paseando los dos por el claustro o sentados en alguno de sus bancos, charlábamos durante horas de todo lo divino y lo humano, unas veces de simples problemas personales del momento, del libro que estaba preparando, y siempre estaba preparando alguno, de cualquier problema informático, que no acababa de dominar, del trabajo que le estaba costando quitar los grafiti que los vándalos habían pintado en la fachada de la casa profesa, de los ejercicios espirituales que tenía que dar en cualquier parte, de la conferencia que le habían pedido, o de cualquier otro tema. Yo le hablaba de Arqueología, y comentábamos los descubrimientos de los arqueólogos, que a él tanto le llamaban la atención, sensacionales siempre desde el punto de vista mediático, pero ninguno de los cuales, le decía yo, venía nunca a resolver ningún problema importante de la vida del hombre, a pesar de lo cual habían sido muchos los sacerdotes interesados por la Arqueología, alguno de ellos tan famoso y tan relacionado con Oriente como el P. Teilhard de Chardin, también jesuita, lo mismo que el P. Fita y el P. Jalhay, y hasta algunos canónigos, como nuestro Mateos Gago, tema sobre el que yo estaba preparando un artículo que no le ha dado tiempo a ver impreso en la revista de la Academia, de la que él era asiduo colaborador y en la que podemos ver numerosos trabajos suyos, por lo general relacionados con Japón, el budismo o sobre iconografía religiosa de nuestro entorno, sobre la que semanalmente presentaba un trabajo en la revista del arzobispado, fijándose en alguna imagen de interés de cualquier templo de la diócesis. Colaboraciones que pensaba reunir para publicar un libro monográfico, pero proyecto que no ha podido realizar, como tampoco el viaje que juntos pensábamos hacer para visitar a la pequeña comunidad cisterciense de

Las Escalonias, a cuyos monjes él había dado ejercicios hacía poco tiempo.

Con mucha frecuencia hablábamos también de temas más personales, más íntimos, de emociones espirituales, de sus recuerdos de niño, cuando sus padres acogieron en su casa a algunos jesuitas que habían sido obligados a exclaustarse por el gobierno de la República, de su primera comunión, en su propia casa, guiada por aquellos sacerdotes allí refugiados, de su trato y admiración por ellos, de su vocación y la de su hermano, de su determinación desde un principio de irse a Japón como misionero, siguiendo los pasos de Francisco Javier, al que admiraba profundamente, de su alegría al serle concedida su petición, y de su largo viaje en trasatlántico a través del Canal de Suez con algunos compañeros, de sus experiencias en el país que tanto amaba, de su docencia en la Universidad Sophia, de la profunda impresión que en él había causado el arte oriental, por el que desde el primer momento se había sentido atraído, fascinado por su estética y su capacidad para despertar emociones y sugerir y expresar muchas cosas con un mínimo de elementos, tendencia minimalista propia de los japoneses, y que a él le parecía tan ignaciana. “El descubrimiento personal de Japón fue algo imborrable en mi memoria y en lo más hondo de mi corazón”, decía en una entrevista. Y seguía: “Reconozco que mi estancia y contacto con Japón es lo que más me ha enriquecido humanamente, al abrir mucho más mi horizonte y descubrir valores increíbles en las personas tan distintas con las que he tenido la oportunidad de tratar.” Admirando siempre en ellas su laboriosidad, su discreción, su espíritu de sacrificio, su amor al estudio, y a la patria y sus símbolos y tradiciones, su capacidad de asimilación de otras culturas, su respeto a los mayores, su sentido de la disciplina, con la que se sentía plenamente identificado, pues él guardó siempre un estricto cumplimiento a las reglas de la orden, lo que le llevaba, por ejemplo, a no admitir jamás, ni en sus últimos días, ni aun en fiestas solemnes de la Academia, ningún tipo de invitación para comer algo entre horas.

A lo largo de estas conversaciones fui descubriendo también que me unía con él algo más que la coincidencia del nombre y los castellanos apellidos. Y es que, sin que nunca llegáramos a encontrarnos, en sus años de formación él había residido en el Colegio de la Virgen del Recuerdo, de Madrid, que poco después yo había de visitar con cierta frecuencia, y en la Residencia de la Calle Zorrilla, sede de una congregación de universitarios, y los dos habíamos tratado al P. Díez Alegría, sociólogo progresista de aquellos años a cuyas charlas yo solía acudir, como a las del paleoantropólogo Emiliano Aguirre, uno de los primeros en trabajar en Atapuerca, y a las del P. Tomás Morales, ahora en proceso de beatificación, y que por entonces regentaba en Madrid

una residencia para trabajadores jóvenes cuyos padres residieran fuera de la capital, que asimismo yo empezaba a frecuentar por entonces. Era todo hacia mediados de los años 50.

Compartíamos también el amor a la naturaleza, especialmente a la montaña. Él me hablaba con emoción de su ascensión al monte Fuji, y yo de mis subidas a los más modestos picos de Gredos y Guadarrama, las sierras de Madrid, con algunas experiencias inolvidables, que le contaba, como el día que haciendo una travesía con algunos amigos de la residencia, después de haber estado en las cumbres de la Mujer Muerta, fuimos a terminar en las inmediaciones del Monasterio del Paular, de monjes benedictinos. Sin agua en nuestras cantimploras, y conocedores de la proverbial hospitalidad de los monjes, nos decidimos a pedirles que nos dieran algo de beber. Llamamos a la puerta del monasterio, como si de peregrinos se tratase, y al monje que salió a atendernos le contamos nuestra situación y le pedimos agua. Tras invitarnos a que nos sentáramos, salió de la sala en la que estábamos, y al poco volvió con una enorme vasija de agua de limón fresquita y azucarada, de la que bebimos y con la que llenamos nuestras cantimploras. Mientras lo hacíamos, alguien del grupo le pidió que nos hablara de Dios. Se sonrió el buen monje y comenzó diciendo: “No es fácil hablar de algo teniendo que improvisar, pero siempre es fácil hablar de lo que se conoce y se ama, y yo amo y conozco a Dios...” Y nos habló de Dios con palabras que yo no he podido olvidar nunca, y le refería a Fernando. Él también había subido a las cumbres de la sierra y había sentido en ellas la emoción de contemplar a sus pies los valles y tierras bajas con los pueblos como pequeñas manchas y los caseríos dispersos que testimoniaban la presencia del hombre.

En una ocasión le pregunté si no se sentía cierta frustración como sacerdote al irse como misionero a un país lejano, dejándolo todo, y ver como pasaba la vida sin conseguir ni una sola conversión. Que el buen monje del Paular, al cabo, no tenía más misión que rezar, cultivar su huerto, estudiar en su biblioteca o trabajar en su escritorio en completa soledad. Pero al misionero parece que se le exigían resultados. Y él me decía que no, que la misión del misionero no era convertir a nadie, sino tan solo sembrar, dar testimonio, vivir de acuerdo con la fe, con el convencimiento de que uno es el que siembra y otro el que siega. Que él, con haber participado en la formación cristiana de muchos jóvenes, aunque no fuesen cristianos, se sentía satisfecho de haber cumplido su misión. Y contento de haber enriquecido al mismo tiempo su propia fe y su modo de vida personal como fruto del largo contacto con los modos de vida y las costumbres de las gentes de Japón, que tanto había lle-

gado a apreciar. Que no se trataba solo de dar, sino también de recibir, de saber recoger, de asimilar, de integrarse en el pueblo al que se visitaba y con el que se convivía, con un absoluto respeto a su cultura. Y hacía referencia a las misiones del Paraguay, que todos hemos podido conocer a través de la célebre película, y que él había visitado en algunas ocasiones. No hacía mucho tiempo que yo había leído a un escritor holandés, y por tanto nada sospechoso de especial admiración por España, que consideraba la labor de los jesuitas españoles en las famosas reducciones como una de las grandes obras de la Humanidad en todos los tiempos.

En una ocasión, mientras paseábamos por el claustro, le pregunté cuál había sido para él la experiencia más enriquecedora que recordaba haber tenido desde el punto de vista espiritual de sus años como misionero en Japón. Se detuvo, juntó sus labios, abandonando por unos momentos su habitual sonrisa, cerró ligeramente sus ojos, como tratando de recordar, y mirando al infinito, por encima de los tejados del claustro, me dijo:

Quizá fue aquel día en que estando en mi despacho de la Universidad, llegó uno de mis alumnos a decirme que su padre estaba agonizando, y había pedido morir como cristiano, que quería bautizarse. Le acompañé a su casa y, efectivamente, el padre me manifestó su firme deseo de morir como cristiano. Le bauticé y a los pocos días murió. Se le dedicó el funeral y parecía que todo había acabado allí, cuando poco tiempo después el estudiante vino a verme de nuevo para decirme que su madre quería hablar conmigo. Pensé que era para darme simplemente las gracias, dentro de la tradicional educación y delicadeza japonesas. Y ciertamente era para agradecerme lo que había hecho por su marido. Pero no solo para eso, sino también para decirme que si su marido había muerto como cristiano, ella quería a partir de entonces vivir como cristiana, que también quería bautizarse. Le contesté que con mucho gusto la Iglesia la aceptaría, pero que el problema era distinto, pues para poderse bautizar un adulto, estando bien de salud, era preciso recibir antes una formación mínima para conocer las verdades fundamentales del cristianismo. Ella lo aceptó y estuvo asistiendo durante un tiempo a las charlas que él le había indicado. Y cuando consideró que tenía una formación suficiente, le dijo que ya podía bautizarse cuando quisiera. Fijaron la fecha y le indiqué, me decía, que entre los cristianos era costumbre, al bautizarse, ponerse el nombre de un santo, o del mismo Jesús, o de alguna advocación de la Virgen, que le sirviera de especial protección a lo largo de la vida. Que pensara ella qué nombre le gustaría tener. Y ella había respondido: “Yo quiero llamarme como tu madre”. Entonces, le había contestado, y le brillaban los ojos, te llamarás Teresa, María

Teresa. Después las dos Teresas habían manifestado su deseo de conocerse personalmente. Y siento no poder recordar si la madre física y la hija espiritual habían llegado realmente a encontrarse o no. Pero sí recordé entonces los versos que en alguna ocasión habíamos leído juntos comentando el pequeño librito del poeta japonés Mitsuhiro Sawamura, “Al filo de la medianoche”, que él había traducido al español en sus primeros años de estancia en Japón, y me había regalado: “Yo quisiera, madre, / que fueras una perla preciosa. / Así podría llevarte siempre conmigo / enredada en mis cabellos”.

Y de la misma manera que nunca he podido olvidar aquel “siempre es fácil hablar de lo que se conoce y se ama”, del monje del Paular, también recuerdo con frecuencia y comento esta experiencia personal del P. Fernando que tan feliz le había hecho en su vida como misionero, haciéndole recordar a su madre, de la que tan joven se había tenido que alejar por servir a los demás. Gracias, Fernando, querido tocayo, ahora soy yo quien te lo dice, gracias por tu magisterio, por tus enseñanzas, por tu legado científico, espiritual y humano, gracias por tu amistad, por tu generosidad y por el cariño que siempre manifestaste hacia todos los que te rodeábamos. Siempre estarás con nosotros, decía Elena Barlés hace pocos días en esta misma sala, en tus libros y en el eco de tus palabras, en nuestros recuerdos más entrañables y, sobre todo, en nuestros corazones, donde tu luz nunca se apagará.

El pasado verano, querido tocayo, paseando por el claustro, ahora solo, te eché de menos, para que hubieras podido seguir hablándome de tu juventud, de tu vocación, de tus conversaciones con el P. Arrupe, de tus enseñanzas en la Universidad Sofía, de tus alumnos y sus costumbres, de tus viajes al Paraguay, y hasta de los grafiti que personalmente estabas quitando de la fachada de la casa. De tantas cosas, Fernando... Tenemos que estar siempre alegres, me decías, parodiando el salmo, porque el Señor ha estado grande con nosotros. Sobre todo contigo, querido tocayo. Mitsuhiro Sawamura, en su “Canción de ciego”, asegura que “los ángeles murmurarían y se mirarían, / porque una estrella muy grande, / nunca vista, / había empezado a brillar...” en el cielo. Quizá era la tuya, Fernando.

Y quiero terminar recordando otros versos del poeta japonés que tu nos hiciste conocer, y que hago míos: “He ido, para decirte adiós, / hasta la misma orilla del mar, / pero los sollozos se anudaron en mi garganta, / y no he dicho nada”.

Muchas gracias.

